



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año II | Número 4 | Marzo 2021

La camiseta número diez

María Inés Bedia ¹

mibedia@gmail.com

¹ Abogada, escribe, forma parte de lxs detectives de la elipsis (taller literario). Hinchada de Boca, sobre todo. Ig: @mariainesbedia



En casa sólo se miraban los mundiales y mi mamá aprovechaba para decir que le encantaba Maradona, físicamente. A mi papá nunca le gustó el fútbol, se hizo de Boca a sus cincuenta años, por mí.

De chica escuchaba los partidos por la radio con mi abuelo paterno, que era hincha de Independiente. Cada domingo después del almuerzo salíamos a jugar a la vereda. Mi hermana y yo corríamos por la cuadra del Barrio Obrero, en Campana, y mi abuelo nos cuidaba sentado en una silla, radio en mano. Me divertía estirar la antena lo más posible, aunque él me dijera que se podía romper.

Mi abuelo tenía un primo, José Manuel, que jugaba en Atlanta: Zaguero izquierdo que figura entre los mejores de su puesto, dice la tapa de El Gráfico del 17 de marzo de 1944. Me hablaba siempre de él, me contaba que, si bien jugaba en la defensa, era el elegido para patear los penales, porque la pelota entraba con arquero y todo, decía, con orgullo. Además el viejo idolatraba a Bochini y amaba a Maradona. Tenía una pelota firmada por El Bocha, que mi

viejo muchos años después le regaló a un vecinito de la cuadra, porque se le había pinchado la suya.

Siempre me hablaba de Maradona: Dieguito es un ejemplo, me decía. De tanto escuchar cómo lo elogiaba, me volví fanática de Boca y del diez.

Muchas veces pedí que me llevaran a la cancha, quería conocer la Bombonera. Cada vez que viajábamos a Capital le pedía a mi viejo que fuéramos, pero me decía que estaba apurado, que teníamos que volver a Campana temprano para evitar el embotellamiento en la General Paz. Era chica para viajar sola, entonces me conformaba con ver los partidos en un bar que se llamaba Club Independiente, rodeada de viejos que me miraban sorprendidos.

Una vez mi viejo vino con la sorpresa de que había conseguido entradas para que fuéramos a ver a la selección contra Ecuador. No entendés, papá. Yo soy bostera, quiero ir a ver a Boca, le dije, resignada, pero igual me llevaron.

Unos días antes de cumplir dieciséis me preguntaron qué quería de regalo. Ir a ver a Boca, ya saben. No sé cómo se las ingenió mi viejo, pero días después apareció con dos entradas para un Boca-River el 25 de octubre de 1997, justo el día de mi cumpleaños. No lo podía creer.

La primera imagen que recuerdo es con mi viejo subiendo las escaleras del Monumental, diciéndole que sentía frío en esa cancha. Mi papá no entendía ninguna de mis ironías, sólo estaba preocupado porque estuviéramos bien ubicados. Además, se lamentaba por no poder ver las repeticiones en caso de que hubiera goles.

Nos sentamos uno al lado del otro en la platea. En el campo de juego se podía ver a la reserva, le pregunté a dos pibes cómo iba el partido, me di cuenta que eran jujeños por la tonada. Yo ya conocía el estadio de la vez que habíamos ido a ver a la selección. Mi sensación era la misma de aquella vez: era una hinchita visitante. Nada de lo que veía me resultaba familiar, hasta mi papá se veía ajeno. Llegamos muy temprano así que fuimos viendo cómo se llenaban de a poco las tribunas, hoy vienen todos porque juegan con Boquita, decía un hinchita que tenía un gorro piluso con la leyenda: La mitad más uno.

Estaba muy nerviosa, era la primera vez que iba a ver jugar a Boca más allá de la televisión. Tenía miedo de ser mufa. Por las dudas había llevado la foto de Maradona, una de su casamiento con Claudia, que hacía las veces de cábala, en cada superclásico.

No había terminado de jugar la reserva cuando empezó una lluvia de butacas. La gente que estaba más arriba en la platea arrancaba los asientos y los tiraba al campo de juego. Había visto muchas veces escenas así por la tele, pero esto era distinto: era parte. Mañana saldrían en los diarios los destrozos y yo iba a poder decir que había estado ahí. Empecé a tararear en voz baja la de yo no soy como esos que se quedan en casa escuchando la radio para ver lo que pasa, yo soy hincha de Boca y no me cabe ninguna... pero nadie me siguió, así que fui bajando aún más el volumen y le hablé a mi viejo como para que no se notara tanto mi falta de liderazgo. Él empezó a ponerse nervioso y me dijo que, si la cosa seguía así, nos íbamos a tener que ir. Yo le decía que no pasaba nada, que era parte de la rivalidad, que nadie iba a salir lastimado, pero no estaba segura.

La lluvia de plástico duró un rato más, los hinchas de Boca cantábamos eufóricos: desde pendejo yo te vengo a ver, y me persigue la policía, no sé hasta cuando me van a joder, ino se dan cuenta que vos sos mi vida!, ivamos xeneize!, ihay que poner más huevos! Con esta hinchada tenés que ser primero... Me paré en la butaca y agitaba la mano como me habían enseñado mis amigos de Campana. Para abajo movela, si la movés para arriba se nota que no vas nunca a la cancha, me decían. Estaba inmersa en esa sensación de felicidad multitudinaria hasta que sentí que mi viejo me tiraba del jean para que bajara. Tenía preparado el speech de antemano: ilos partidos no se ven sentado, papá!, pero él sólo me quería preguntar qué cantaban. ¿Qué es lo que dicen de la policía?, me preguntaba y se reía cuando yo le traducía. Parecía un turista que por primera vez visitaba Argentina.

Uno de los mejores momentos fue cuando Boca salió a la cancha. Estaba viendo por primera vez a Maradona, al hombre que había enamorado a millones de argentinos, a mi abuelo y a mí. Lo vi persignarse y hacer un movimiento con las piernas para pisar el campo de juego con la derecha, no

vaya a ser cosa. Salió corriendo para el lado del banco de River, saltó la valla y se acercó al técnico, para darle la mano. No lo saludes Diego, no saludes a esa gallina, gritaba un viejo que estaba unos escalones más arriba. Muchas veces volví a ver esa imagen. Diego le tendió la mano como si el gesto fuera parte de la coreografía de ese domingo. Recién ahí me di cuenta de que llevaba la cinta de capitán. Ramón Díaz estiró su mano de manera displicente, sin mirarlo, jugando para su tribuna.

No podía parar de mirar a Diego, estaba cautivada por sus movimientos. Cada tanto me distraía la cabeza platinada de Martín Palermo. Diego calentaba en el césped mientras hablaba con sus compañeros, cada tanto abrazaba a Cagna que le sacaba una cabeza, daba saltitos, se pasaba la mano por el pelo, se ataba los cordones, parecía que bailaba.

Los jugadores de ambos equipos se acomodaron para empezar el partido, pero el árbitro hizo una seña, entonces cruzaron sus brazos detrás de la espalda y dejaron de sonreír. Después supe que se recordó que hacía nueve meses habían asesinado a José Luis Cabezaz.

Se escuchó el silbato de Elizondo y se levantó el telón. Mi viejo me preguntaba todo: ¿Qué cobró? ¿Cómo se llama el arquero de Boca? ¿Cuántos años tiene Maradona? ¿Llegás a darte cuenta quién tiene la pelota desde tan lejos? ¿El técnico de Boca es Veira? Sí, papá, shhh, mirá el partido.

No me acuerdo mucho del primer tiempo, creo que River atacó un poco más porque tengo la imagen de Córdoba, con su buzo amarillo, sacando todas las pelotas y al Patrón Bermúdez haciendo gestos con las manos a sus compañeros para que salieran del área. Pasó el cocacolero y mi viejo aprovechó para comprar una coca y preguntarle si los días que jugaba Boca-River vendía más que en otros partidos. El vendedor le respondió que sí y siguió gambeteando hinchas en la platea. La gente se paró porque Elizondo marcó tiro libre para Boca. Solano perfiló para patearlo, pero el Diego lo miró con cara de "hola soy Maradona" y lo pateó él. Muchos al lado mío se persignaron, el jujeño del principio gritó: ¡meta Diego que es ésta!, pero la pelota terminó en la primera bandeja, sin complicaciones para el mono Burgos.

Faltaban cinco minutos para que terminara el primer tiempo cuando llegó el gol de River. El chileno Salas la bajó hacia atrás y la Bruja Berti la acomodó antes de que llegara a cruzarlo Fabbri, poniendo la pelota al lado del palo izquierdo de Córdoba. Me quería morir. Seguía con las dos manos en la cabeza cuando un señor que estaba atrás mío me dijo: Tranquila piba, ahora lo damos vuelta. Un viejo se volvió loco y empezó a gritar que había que salir. ¡Somos Boca!, decía. ¡Somos Boca! Los jujeños comentaban entre ellos lo mal que estábamos jugando y mi viejo me preguntó quién había hecho el gol.

Recuerdo ese entretiempo como uno de los peores de mi vida. Le dije a mi viejo que iba al baño y aproveché para ver si la foto de Diego seguía guardada en mi bolsillo. No podíamos perder el súper clásico, menos la primera vez que mi papá me llevaba a ver a Boca. No quería sentirme mufa por el resto de mi vida. Cuando volví del baño, me puse a charlar con los jujeños. Habían viajado mil quinientos kilómetros para ver a Boca. Mientras les decía que seguro cambiaba la racha en el segundo tiempo, buscaba a mi viejo con la mirada. Lo tapaban unos pibes que conversaban y se reían parados en la escalera. Hasta que lo vi. Mi viejo estaba sentado en su asiento, una pierna cruzada sobre la otra, tenía un libro en una mano y un resaltador en la otra. No podía ser real. Me acerqué para ver mejor y comprobé que leía Fenomenología del espíritu de Hegel. No le bastaba con leer a Hegel en el Monumental, sino que resaltaba las partes más importantes con un resaltador amarillo Faber Castell. Sentí ganas de darme en adopción. Di vuelta la cabeza simulando no conocerlo, le di la espalda y me quedé charlando con los jujeños. El domingo se había vuelto una pesadilla.

Me perdí el empate de Boca, a los dos minutos del segundo tiempo, por estar enojada con mi papá. Mientras le decía que me estaba haciendo pasar mucha vergüenza, que nadie leía en la cancha y mucho menos a Hegel. Latorre armaba una jugada en la que se la pasaba cruzada al huevo Toresani, quien ganándole la espalda a Berti la clavaba con la cara interna del pie: tres dedos, en el palo derecho de Burgos.

Se vino abajo la tribuna. Terminé abrazada a una señora que gritaba: ¡huevo, huevo, huevo!, desaforada. El marido la abrazaba y le decía: te dije que tenías

que venir, vieja. Hubiese querido que mi papá se reivindicara haciendo papel picado con el libro de Hegel, pero me conformaba con que no estuvieran a la vista ni el libro ni el resaltador. Además, el empate fue una inyección de alegría, ahora sí lo podíamos dar vuelta.

El enojo del entretiempo hizo que no me diera cuenta, hasta después del gol, que Diego ya no estaba en la cancha. Se veía ahora en su lugar al joven Juan Román Riquelme, a quien, si bien pintaba para crack, sólo había visto jugar unas pocas veces y aún no imaginaba que algunos años después le vería hacer el caño más bello de la historia del fútbol; o dejar sin aire a un Makelele que todavía en sus sueños debe estar intentando pararlo; o convertir la final de una Copa Libertadores en una obra de arte; para pasar a ser el máximo ídolo de los hinchas de Boca y el dueño indiscutido de mis domingos. Después, mirando los diarios me enteraría que quien entró por Maradona fue Caniggia y que al mismo tiempo ingresó Román por Vivas, pero el cambio se recordará siempre como el de Román por Diego, o el del traspaso del legado de la camiseta número 10 de Boca Juniors.

Empezaron a caer gotas en el Monumental. Esta vez no eran butacas sino una llovizna cada vez más intensa. Las capuchas de las camperas comenzaron a cubrir las cabezas de los hinchas y la pelota salpicaba agua y barro en cada pique. Cuando miro a mi papá para preguntarle si quería mi buzo para cubrirse, porque usaba anteojos y se le iba a complicar la visión, lo veo abriendo un paraguas. ¿En qué momento se te ocurrió agarrar un paraguas, papá? ¿Antes o después de guardar el libro de Hegel?

A los veintidós minutos y bajo la lluvia, se llenó de jugadores el área de River. Bermúdez se paró delante de Burgos, dándole la espalda y no dejándolo salir, para que el Loco Palermo le ganara a los dos centrales millonarios, se elevara, se suspendiera unos minutos en el aire y le diera de lleno a la pelota con su cabellera rubia, pelota que picó una vez y se coló en el palo derecho de Burgos. ¡Gol!

Era una fiesta la platea visitante. Todos gritábamos eufóricos y nos abrazábamos. A mí ya no me importaba ni el libro ni el paraguas de mi viejo, sólo quería agradecerle por volver inolvidable mi cumpleaños número

dieciséis. Corrí a decirle a los jujeños que no podían faltar a ningún superclásico y besé mi foto de Maradona. Cuando volví al lado de mi papá lo vi charlando con dos señores que aprovechaban para cubrirse con su paraguas.

Ya era de noche cuando subimos al auto y encaramos la vuelta a Campana. Estaba empapada pero no sentía frío, sólo quería llegar para ver una y otra vez las repeticiones de los goles. Prendí la radio, pero la apagué cuando escuché que decían que a Maradona le había tocado el control antidoping. Nada podía arruinar ese momento, el de la vuelta a casa después de haber dado vuelta el clásico. Mi papá me preguntó si quería que pasáramos por el Auto Mc de camino a casa. Cuando vi a mi viejo ponerle mayonesa a su Mc combo porteño, sentí que esa era una gran síntesis dialéctica de lo que habíamos vivido esa tarde. Me saqué las zapatillas y las medias mojadas y las puse en el asiento de atrás. Se empezaban a encender las luces que iluminaban la salida por la autopista y los limpiaparabrisas despejaban las últimas gotas de ese domingo.

